

El Culebrón, una leyenda herpetológica

por

Roberto Donoso-Barros

"la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece, que ahora la veo. ¿Luego conocíste la tú, dijo Don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase a otro afirmar y jurar que lo había visto todo".

Esta costumbre de afirmar la realidad a base de relatos de otros (ya que no podemos estar seguros de experiencias ajenas), es un mecanismo muy difundido para otorgar patente de realidad o imaginarios mitos. Cervantes muy bien lo sabía al poner en boca de Sancho la historia de la Torralva *de la cual podía dar fe porque se la había dado otro del que podía tenerse fe.*

La historia de las supersticiones y de los mitos está llena de las relaciones de personas en las cuales se podía confiar plenamente; sin ello, esta descomunal enciclopedia de embustes no existiría y contritamente es necesario reconocer que, a lo menos, eran personas que observaban mal e imaginaban mucho, viniendo en resultar este tipo de aparente verdad.

Algunos naturalistas del pasado fueron considerados con toda clase de opiniones; pensando que no existían embusteros, no pusieron jamás en duda los relatos de otros autores. De este modo

surgieron los célebres libros de Plinio el Viejo, que serían el fundamento base de la zoología medieval. Los distintos Bestiarius registraron curiosas descripciones, en la mayoría de los casos absurdas fantasías arrancadas a la historia de siglos de cultura humana y las verídicas másimas observaciones de algunos animales existentes. La herpetología de este tratado medieval incluye animales extrañísimos como gigantescas serpientes marinas, serpientes aladas, salamandras y basiliscos. Viejas historias que a pesar de su antiguo y bastardo origen han cruzado la barrera de los tiempos con diferentes atuendos alcanzando nuestra época, la que, si bien tecnológicamente adelantada, es desde el punto de vista emotivo de inmadurez profunda.

La calificada como mitología chilena está constituida por una serie de narraciones en que difícilmente puede reconocerse autenticidad vernácula. La mayoría de los mitos populares chilenos no tienen sus orígenes en tradiciones autóctonas sino más bien provienen del conjunto de leyendas de Eurasia, cuyos hilos seculares se enlazan en los lejanos relatos de la tradición asiático helénica. Ha sido a través de España que este folklore ha tomado carta de ciudadanía entre nosotros e identificado con la naturaleza de Chile se ha supuesto sin mayor análisis como concebido y desarrollado en la matriz de la imaginación popular. Sin embargo, en lo que atañe al tema que nos ocupa pensamos que no existe un solo punto que no carezca de un claro origen foráneo y ajeno a la tradición cultural aborígen. En nuestra opinión, sólo representa pobrísimas modificaciones formales de viejos mitos euroasiáticos.

La leyenda del culebrón en el territorio de Chile. Quien conozca el campo chileno y en especial los naturalistas encontrarán referencias sobre animales muy extraños. Nuestro buen primer naturalista, el Abate don Juan Ignacio Molina, nos da muchísimas informaciones sobre animales imaginarios como tortugas de los

lagos, hipopótamos de los ríos, quimeras volátiles como el piguchén, amén de otras. Sin embargo, no existe mención alguna al culebrón, como tampoco se encuentran referencias posteriores a tan enigmático problema. Parece difícil encontrar referencias en las menciones de los naturalistas, a pesar que el término culebrón suele ser utilizado entre los chilenos para referirse a individuos de los que es necesario desconfiar. Al lado de esto, quien pregunte en las campiñas desde Copiapó hasta la región de Talca (según otras informaciones, desde Antofagasta a Chiloé) sobre tal le informarán de la existencia en sitios relativamente aislados del culebrón. Este pretendido animal muestra en general cierta similitud en la descripción de los narradores, aunque existen ciertas variaciones. En líneas generales, este extraño individuo tendría la siguiente morfología mitológica:

Longitud aproximadamente un metro, cuerpo cilíndrico colubriforme, revestido de escamas. Sobre el dorso correría una corrida de gruesos pelos de color castaño bruno. Las escamas dorsales se asemejan morfológicamente a las de un pez, para algunos de los informadores las del *Ciprinus carpio*. La mayoría sostiene que la cabeza se parece a la de un gato con grandes ojos brillantes. Las extremidades están ausentes, aunque algunos afirman que le han visto pequeñas patitas (un par posterior) como lo he escuchado en las montañas de Alhué.

La presencia de escamas es siempre mencionada, aunque con cierta frecuencia se encuentra la contradicción, una culebra grisácea cubierta completamente de pelos. Ahora uno se pregunta ¿cómo pudieron ver la estructura escamosa bajo los pelos?

La especie tiene en la narración una ecología curiosa, es aficionada a los lugares soleados donde aparece en sitios solitarios. Con muchísima frecuencia para darle un color terrífico se la indica de los cementerios; en otras oportunidades en las orillas de

los ríos, a veces en el monte boscoso ocultándose en los troncos de viejos árboles.

Su biología muy particular, según la fantasía popular, le concede diversos comportamientos. Para algunos la reproducción es vivípara y las hembras, que se diferencian de los machos por el menor desarrollo de los pelos, parirían unos cuantos culebroncillos. Otros sostienen que provendrían de huevos, e incluso existiría una reproducción heterogénica y genoándrica, ya que provendría de la ovipostura por el macho de un ave como el gallo, lo que es sostenido por campesinos de la región centro chilena y de Chiloé. El naturalista L. Peña ha recibido la extrañísima relación que el "culebrón" lleva a sus hijos en la cavidad bucal, depositándolos y recogiénolos cuando es necesario, como la *Rhinoderma darwini* con los renacuajos en el fenómeno neomelico.

En cuanto a la alimentación, la fantasía popular ha establecido la dieta del "culebrón" en un rango amplio desde modestos pajarrillos que caen en sus insaciables fauces atraídos por el brillo hipnótico de sus ojos o por su letal aliento, hasta respetables cabritos y corderillos, que a pesar de la menguada longitud de un metro es capaz de consumir, en desleal competencia con anacondas que sextuplican su tamaño (pero no debe extrañarnos esto por cuanto la tontería humana es infinita y puede esperarse siempre del hombre satisfacción al lema agustiniano de "creer por que es absurdo").

La superchería popular en todos los lugares de Chile nos cuenta del culebrón próximo y de su facilidad de observarlo y capturarlo. Algunos lo han conseguido vivo, pero siempre, después de varios días de captura ha conseguido evadirse, y cuando ha sido muerto su piel está en poder de alguna persona que se fue del lugar. La historia recuerda al yetti, cuya piel terminó en una piel de gamuza de las montañas de Asia.

Cada vez que se llega a un sitio del campo centro chileno nos informan del lugar donde aparece el culebrón de turno; pero cuan-

do se solicita la compañía del informador existe la disculpa del trabajo o de que el tiempo no es adecuado. Todos hablan del animal, afirman que es muy común, pero nadie muestra de tan extrañísima especie ni el más miserable pelo de su pretendida pelambre dorso-vertebral. El halago de la captura ha sido ofrecido en elevadas cantidades que en el momento actual son mayores a los mil escudos por un ejemplar "vivo o muerto" y después de 15 años de elevadas ofertas ningún cazador ha venido a ofrecer la presa para ganar la recompensa, y esto a pesar que según las informaciones *todos los años se cazan varios ejemplares*, según el decir popular. Como zoólogos tenemos la autoridad para decir que un animal que es un reptil y tiene pelos no existe. El desarrollo del pelo es un carácter exclusivo de los mamíferos. Los pelos no son transformaciones integrales de la escama de los lepidosaurios, sino órganos absolutamente distintos en su origen e incompatibles con la condición de los escamosos. Una culebra con pelos no podría ser un reptil; si algo semejante ha podido ser visto es sólo una alucinación o un mamífero mal observado. La elección es dura y oscila entre locura o falsedad.

Los aztecas tuvieron un mito casi tan absurdo como este, como fue el de "la serpiente emplumada". A pesar que las aves aparecen menos distantes de los escamosos y que en su emergencia inicial la pluma recorra algunos milímetros en la vieja senda de la escama, la posibilidad de que existan culebras con plumaje es de imposibilidad casi absoluta.

Una serpiente con ojos brillantes sobresalientes y con una "cabeza de gato" como se afirma resulta también algo muy raro y difícilmente concebible a la luz de nuestros conocimientos ofiológicos. Si esta información corresponde a algo visto, podría corresponder a dos probabilidades: que se trata de un carnívoro, o bien que la deficiente observación de una culebra engullendo un roedor le atribuyan como personal, la cabeza de éste con los ojos sobre-

saltados. He escuchado la relación de una extraña serpiente que empezaba por una cabeza grisácea con ojos sobresalientes como ratón y que terminaba en una típica serpiente; existe gran probabilidad de que se tratara de un *Dromicus* que había capturado un roedor en el momento de la observación; pero la observación aterrada del testigo imaginó la fantasía. El único mamífero alargado con cabeza gatuna, mal interpretado por un espantado observador debería ser un hurón o quique (*Grison cuja*).

El hecho frecuente de que muchos observadores sostengan que el culebrón esté cubierto completamente de pelos, "una culebra peluda" como dicen algunos; "de pelo rubio", como afirman otros o de colores más oscuros, lo que corresponde a lo más, a variaciones del típico pelaje del hurón. La mayoría no han referido patas (el influjo del miedo y la rapidez de animal serpenteante de poca oportunidad a una observación acuciosa). A pesar de ello algunos observadores me han referido la observación de pequeñas patitas, lo que coincide también con la organización de estos mustélidos. La mención de escamas es una información esencialmente mítica, basada en cuentos anteriores. Me parece dudoso que alguien sea capaz de ver a través del pelaje de un mamífero, y como lo hemos dicho, pelo y escamas son incompatibles simultáneamente en la misma área. Sin embargo, esta afirmación se compadece con "la relación de la Torrelva de Sancho que podía jurar que la había visto, porque quien se lo había contado era digno de fe". Por ello es posible ver, en virtud de la fe, las escamas a través del pelo, aunque no existan.

Ahora analicemos las informaciones de su particular biología. San Ambrosio consideraba a las víboras el más villano de los animales por su conspicuencia que lo llevaba a uniones bastardas, ni más ni menos que con las anguilas. Por lo tanto no parece tan extraña la suposición que los culebrones *se generen en los huevos puestos por un gallo*. No puede concederse a esta idea ninguna

originalidad folklórica. Hace ya lejanos tiempos que se atribuía el origen de un imaginario reptil, "el basilisco", al huevo de un gallo (popularmente se llaman "huevos de gallo" a los huevos de tamaño pequeño depositados por gallinas fatigadas por la oviposura). Estos huevos son pequeños y suelen abreviarse con cierta frecuencia; muchas veces no están calcificados, por lo que recuerdan los huevos de reptiles y por el principio de la lógica homeopática pueda suponerse que generan un lagarto o una culebra. Pero también esta suposición tiene su remoto origen en la historia de la picardía humana, genialmente reseñada por la pluma de Luciano en *Vida de Alejandro Paflogonio*, capítulo clásico en la historia de la charlatanería médica. Alejandro comprendió muy tempranamente que "las cabezas gordas", como él decía, podían ser esquiladas provechosamente en los campos de Esculapio. En el templo de Apolo en el Bósforo, ocultó unas láminas que anunciaban que Esculapio aparecería donde naciera Alejandro; por la noche enterró un huevo de ganso en cuyo interior colocó una pequeña culebra, disimulando la rotura con cera y cemento blanco. Posteriormente encontró el huevo y exhibido al populacho el dios que acababa de nacer de este sagrado huevo. Más tarde exhibió una serpiente mayor, sosteniendo que el dios ya estaba desarrollado y naturalmente organizó un oráculo, cuyas consultas sólo podían ser descifradas bajo pago adicional. Son miles las fechorías de este hombre. Todas las cosas que enseñó y aconsejó son falsas, pero hay algo seguro, siempre surgirán los Alejandros que encontrarán nuevas víctimas porque la enfermedad de la credulidad es incurable.

Hasta hoy se conserva en la creencia popular la suposición que los huevos de aves puedan a veces originar serpientes, pese a todas las leyes de la herencia; con ello debemos reconocer a Paflogonio su contribución como iniciador de una superstición.

Con respecto a la imaginaria "biología popular" del culebrón, recordaremos los mecanismos de captura. Algunos de los informa-

dores (son personalmente observadores al estilo sanchesco) dicen que la mirada terrible del culebrón arroja en sus fauces a los pequeños pájaros. La suposición que la mirada tiene extraños poderes es viejísima, existiendo referencias muy antiguas. La palabra griega "ofis", que significa serpiente, deriva de "ofs", mirada, lo que demuestra que los ojos y la mirada de notable fijeza de las culebras impresionaron vivamente a los antiguos. Debemos recordar que en la antigüedad se suponía que el ojo emitía rayos con poderes variados; la leyenda de Perseo refería que la mirada de la medusa de serpentinos cabellos, aún después decapitada, petrificaba a quien la mirase. Hombres tan apreciados como San Alberto Magno asegura "que vio con sus propios ojos cómo una hermosa esmeralda se hizo pedazos debido a que un sapo la había mirado con fijeza, y explica que la esmeralda era de virtud débil, pues de lo contrario hubiera reventado el sapo". Autoridades medievales a quienes algunos asignan autoridad científica como Roger Bacon en un pasaje del libro *De multiplicatione speciorum* continúa repitiendo como verdad la opinión de Boccio "el ojo del lince traspasa las paredes más gruesas. En este caso la pared sería permeable a los rayos visuales". Esta misma creencia ha llegado hasta nuestros días explicando variadas influencias y el poder de la vista que ha originado mitos ridículos como el "mal de ojo". No parece extraño entonces que al culebrón se le haya asignado tan tremebunda función, por cuanto esto es también una repetición de lo que la fantasía había atribuido a las culebras y supuestos reptiles mitológicos.

Otra versión que he escuchado la constituye su habilidad para capturar con el aliento, que también es a su vez otra repetición de embustes de la Historia Natural de Plinio, quien nos ha legado lo siguiente en su truculento estilo acerca del basilisco, versión romana del culebrón chileno: "mata los arbustos no sólo por su contacto, sino también con su aliento, y hay tal poder de destruc-

ción en él que puede hender las rocas". En el mismo estilo "Juanito", un arriero de la cordillera tenido por hombre muy serio, refería que en sus mocedades había visto un culebrón debajo de un quillay, capturando cuanto pajarito se acercase con su poderoso aliento". Sin duda, ello se encuentra acorde con la vieja tradición pliniana y muy probable esta observación tenía como fuente lo siguiente:

"era tan cierto y verdadero que podía bien cuando lo contase a otro afirmar y jurar que lo había visto todo".

Algunos informadores aseguran también que el culebrón devora a terneros e incluso busca la leche de las vacas como lo *había visto*. Esta suposición que las culebras ataquen al ganado bovino o en su defecto pueden comer ciervos, a quien dejan los cuernos afuera una vez ingeridos hasta que caigan por la digestión, tiene su origen en Roma.

A las grandes culebras de las campiñas romanas se las llamaba *boves*, palabra derivada de ganado (*Bovis*) y que *Linnaeus* empleó como género *Boa*. Como la superstición acompaña a los hombres en sus migraciones, llegó a América a través de España, y naturalmente tales malévolos atributos cayeron sobre la *Boa Constrictor* de América, que en el área del Caribe recibió el espeluznante nombre de tragavenado, a pesar que su capacidad engullidora no suele sobrepasar el tamaño de un conejo.

La posibilidad que el culebrón llevase sus hijos dentro de la cavidad bucal fue referida al naturalista y explorador Luis Peña. Un informador le refirió que ese animal introducía un lote de culebras dentro de su boca. A primera superficial idea podría pensarse en la adaptación de protección ejercida por los machos de algunos animales como los anfibios *Rhinoderma darwini* y algunos peces como los *Hipocampus* (caballitos de mar) que llevan sus hijos dentro de la cavidad faríngea como la ranita de Darwin, y dentro

de repliegues cutáneos abdominales de los flancos. La observación de un culebrón introduciéndose culebras en la boca no tiene de extraño más que la imaginación desfasada del observador. A veces en cierta época del año las culebras se reúnen bajo el estímulo del celo, pudiendo formar grupos a los que popularmente llaman "yepos". La presunta suposición de cuidado parental aparece claramente explicada, pero en sentido diametralmente opuesto, porque en la realidad se trataría de un hurón ingiriendo un alimento que le agradaría muchísimo como un buen atado de culebras. A mayor abundamiento se ha referido que las serpientes madres ocultan sus hijos dentro de la cavidad bucal para protegerlos de los peligros. Sin embargo, las culebras previamente ejercen cuidado parental y parece que esta opinión se debe a una interpretación equivocada, probablemente fundada en que ocasionalmente alguna culebra grávida de las especies vivíparas, al ser destruida violentamente pudo dejar libres a los fetos a término que puedan haberse dispersado, por cuanto son capaces de moverse ágilmente desde que nacen. Existe el testimonio de un entomólogo que asevera haber observado un fenómeno de protección en una especie de Estados Unidos, "garter snake" (*Thamnophis*). Sin embargo, a pesar de sus observaciones, la herpetología espera para aceptar tal fenómeno pruebas concluyentes, por cuanto en miles de culebras que llegan a los zoológicos y que muchas veces paren sus crías, jamás ha podido observarse esta curiosidad, y tal como la serpiente de cuya boca salían serpientes que guardaba las rejas del Averno en el Lost Paradise, debe tenerse como producto de la imaginación del poeta Milton.

Los aztecas tenían la leyenda de Quetzalcóatl, la serpiente pájaro (quetzal = pájaro y coatl = serpiente), héroe civilizador de México y dios del Viento. Se le representaba como a una culebra cubierta de plumas y con un aditamento cefálico. En la relación de Sahagun, cuyo manuscrito data aproximadamente de 1580, se

describe un reptil, el *acoatl* o *tlicoatl*, que recuerda mucho lo que se ha dicho sobre el culebrón, enlazando en cierto modo la fantasía indígena americana con la traída por los españoles. "El *acoatl* anda en el agua o en el cieno, es gruesa como el brazo de un hombre y muy larga, gran cabeza y barbas tras de ella, como las de un barbo grande. Cabeza muy negra que reluce, tiene los ojos como brasas, horcajada la cola, mora en las cuevas y manantiales que hay debajo del agua, come peces, atrae con el aliento desde lejos hacia sí y ahoga en el agua lo que atrae, sea persona o animal". Ahora cabe preguntarse, ¿cuándo aditamento de la tradición supersticiosa euroasiática ha sido agregada a esta relación por este cronista de los primeros tiempos?

Revisada en líneas generales estas ideas, nuestro culebrón no parece ser sino una versión de la vieja leyenda del basilisco, cuyos orígenes se pierden en la historia de la fantasía. La zoología imaginaria ideó el basilisco como "el rey de los reptiles" que llevaba una cresta peluda que formaba una corona sobre la cabeza, sus ojos eran considerablemente prominentes y de notable poder destructivo. Basta recordar que esta presunta acción es enfatizada por Shakespeare en el dramático encuentro de Ricardo de Gloucester con Lady Anne después de la muerte del Rey Enrique IV, en que ella, ante los requiebros del futuro rey acerca de sus ojos exclama:

"Así fueran basiliscos para darte la muerte".

Y como esto tampoco es desconocido para el futuro Ricardo III, contesta: "Yo también lo quisiera para morir de una vez". De allí se ve claro que la opinión colectiva daba por hecho cierto la potencialidad destructiva de la mirada. Los esquemas y dibujos del pasado representaron al basilisco de manera muy diferente, como una serpiente coronada con ojos prominentes y a veces con una cresta dorsal lobulada; en otras provista de una cola puntiaguda y con extremidades. Ciertas relaciones lo mejora, adjudicándole

alas de murciélago aprovechando cierto pasaje del gran y veraz historiador Heródoto, quien nos refiere el problema en la siguiente forma: "la serpiente voladora se parece a la hidra; sus alas no están formadas de plumas, sino de unas pieles o membranas semejantes a las del murciélago". "El ruiseñor del Halicarnaso" nos explica que en un punto de Arabia no lejos de Butona se observan, como pudo verlo personalmente, gran cantidad de espinas y huesos de serpiente; los egipcios afirman que ello se debe a que las serpientes voladoras son destruidas en aquella quebrada por los ibis; el veraz padre de la historia escribe "aquello se explica siendo por los egipcios", pero él jamás afirma lo que no ve (existe naturalmente en una de las traducciones de Heródoto hecha por el jesuita Bartolomé Pou, un agregado sobre lo que el objetivo griego narró, con el objeto de incluirlo dentro de los confirmadores de las fantasías del Antiguo Testamento).

Una relación semejante a una culebra con alas de murciélago me fue referida en las cercanías de Salamanca por una persona que habitualmente se considera digna de crédito, la que se atribuyó a una culebra. El Abate Molina también hace mención a una especie similar con alas de murciélago, cuerpo de conejo y cola de serpiente, que silva y vive en los huecos de los árboles a quien los campesinos llaman *piguchen*. Algunos zoólogos modernos piensan que esta mención es una relación desfigurada del vampiro *Desmodus rotundus geoffrayi*. Tampoco debemos olvidar que por esa vía del basilisco alado se llegó al dragón del tan escandalosamente mítico San Jorge, que hasta la propia "Iglesia Católica lo borró de su santoral por ser tan apócrifo como su batalla".

Al basilisco se le atribuía la condición de destruir como las hermanas boreales a quién se le pusiera por delante, y a este respecto existen muchas anécdotas sabrosas como la de cierto santo que, yendo a buscar agua al desierto se encontró con un basilisco;

de inmediato levantó sus ojos al cielo y el basilisco cayó fulminado a sus pies. (El poder de la oración actuó como basilisco contra el basilisco mismo). Naturalmente que el juicio más claro salió del sabio médico Jouston que observó: "Me resisto a creer que el basilisco pueda matar con la mirada, pues si así fuera, nadie habría sobrevivido para contarlo". Sin duda si el llamado *Homo sapiens* hubiera odiado menos el pensar, mucho menos sangre hubiera sido derramada en el holocausto a la necedad humana, y muchas majaderías tenidas por respetables no representarían más que una contribución a la hilaridad.

Como toda fábula, la leyenda del basilisco terminaba con la consabida receta para matar a tan desafortunada serpiente y ésta era la única parte bien observada. Su enemigo natural, dice la leyenda, es la comadreja de Europa, *Putorius foetidus*, y otras especies que naturalmente son grandes cazadores de cuanto animal vivo existe, y en especial de lagartijas y culebras (naturalmente que en tan singular batalla se le agrega el aderezo de que la comadreja herida se repone para continuar la lucha ingiriendo un bálsamo representado por la ruda, única planta que resultaba inmune a la fisión basilíscuica). Otra causa accidental de muerte del monstruo era escuchar el canto del gallo, y en esto era rápido, ya que le bastaba el primer canto para caer moribundo y esto se atribuía a la especial antipatía que sentía por el gallo, en especial por esta desconocida de *andria partenogenética* que no le hacía sentir orgullo alguno por sus antepasados.

Animales como la comadreja ya mencionada, mustélidos como los hurones, vivérridos como ichneumones y mangostas son grandes devoradores de serpientes, y el vívido canto del Rikitikitavi, de Kipling, es una versión objetiva de la lucha de la mangosta contra un verdadero basilisco moderno como la cobra real (*Ophiophagus hannah*).

Como todas las fantasías, al basilisco también se le ha supuesto

un origen híbrido como un bastardo del cruzamiento de una serpiente con un sapo.

El origen de esta superstición parece ser oriental. Llegó a Europa a través de Roma y de allí pasó a los germanos. La información de Plinio constituyó en la Edad Media el fundamento de la zoología medioeval comprendido en ese modelo de la credulidad, el *Bestiarium*, y en que, naturalmente, un capítulo tan sabroso como este no podía quedar fuera.

El basilisco no es más que una de las tantas variaciones del mito de la serpiente que surgió prácticamente en todos los pueblos, pero que en el fondo es una consecuencia del temor que produce entre los primates la culebra. Es muy generalizado entre monos y hombres el horror ante la presencia de un ofidio, aunque en muchos casos no hayan existido experiencias previas que justifiquen esta conducta. El temor determina el respeto y de allí se va luego a la adoración mágica, para aumentar las probabilidades de ponerse a salvo. De allí que las culebras fueran deificadas en muchísimas partes y consideradas como símbolos. Con muchísima frecuencia las culebras fueron coronadas (se suponía que quien conseguía una corona de serpiente aseguraba definitivamente una gran riqueza). El basilisco rey de los reptiles fue coronado siguiendo el ejemplo de algunos "urovoros" (culebras que se devoran la cola).

Es probable que las coronas que se colocaron sobre la cabeza de los reptiles imaginarios tengan su origen en la observación de aditamentos cefálicos de animales modernos como las numerosas estructuras de los machos de la familia *Chamaleonidae*, referida por Darwin como diferenciaciones sexuales en su *Origin of Man*, organizaciones que también aparecen en Iguánidos arborícolas como *Anolis*, del grupo *punctatatus*. Sin embargo, la mayoría de los aditamentos cefálicos de muchas culebras son nasales, como los apéndices de *Herpeton javanicus* o de las bocas de Madagascar del

género *Langahna*, algunas víboras verdaderas como *Bitis cerastes* y *Bitis nasicornis* han desenvuelto organizaciones supracefálicas tales que bastan para explicar las representaciones de las culebras coronadas y sus derivaciones en los basiliscos y dragones.

En la historia paleontológica existieron un grupo de reptiles que desarrollaron cornamentas y apéndices supracefálicos como los Triceratopos, los Corytosaurios, Styracosaurios, quienes vivieron en épocas que precedieron la aparición del hombre en más de 100 millones de años. De modo que aparece desconectada cronológicamente la suposición de algunos naturalistas que las fábulas de los dragones tuvieran su origen en el recuerdo de algunos de estos monstruos que hubieran sobrevivido en algunos asilos del secundario hasta tiempos cuaternarios. Sin embargo, las evidencias fosilíferas y paleontológicas no confirman estas suposiciones, como tampoco existen informaciones en este sentido en las representaciones pictóricas y plásticas del hombre primitivo, y los pintores rupestres fueron brillantes observadores que expresaron claramente la realidad de su tiempo con envidiable destreza. Lo más probable es que el mito analizado tenga su origen, como todos los mitos, en la ignorancia y el temor.

Revisadas en líneas generales las ideas expuestas, llegamos a la conclusión de que el *culebrón* de las campiñas de Chile proviene directamente del mito del basilisco de Europa con una ligera dosis de la serpiente emplumada azteca.

En general el mito del culebrón rechaza las extremidades que son típicas de gallinas en el basilisco (una especie de *Odontornites*), aunque algunas narraciones populares la citan.

La cresta dorsal de pelos rubios es seguramente la reacción de erección del pelo dorsal de los mustélidos e impresionados por ello han supuesto que podría ser la cresta dorsal de un reptil. Pero ¿qué reptil podría tener una cresta dorsal en la región chilena? En Sudamérica existen varias familias de lagartos, ya que



Roger Bacon, fue también un producto de la Edad Media. Si bien pronosticó las posibilidades de las máquinas, creía firmemente que un animal venenoso se inmovilizaba por un círculo trazado a su alrededor, como también que el mejor camino para hacerse sabio era comer carne de dragón.



Cayo Plinio Secundus, escritor y tratadista romano autor de una extensa *Historia Natural*. Estudiaba constantemente, de allí que le faltaba el tiempo para reflexionar, considerando verídico todo lo que le parecía interesante, es así que nos habla de un elefante que leía el griego, del aprecio de los caballos por la buena pintura, etc. Es comprensible que en sus escritos dedicase páginas y comentarios a objetos como los basiliscos y dragones.

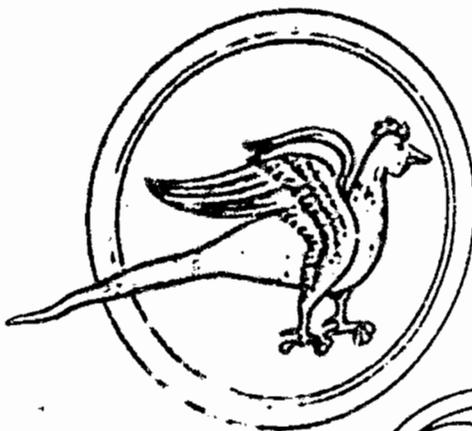
Representación de una serpiente devorando un elefante según un Bestiarium del siglo XII. Existe una cabeza felina muy clara, alas y garras. El dibujo del elefante es pobrísimo, y seguramente el artista se guió por informaciones. Es fácil comprender que se mantenga la suposición que una serpiente puede atacar el ganado (bovis = boa).



Dragón chino. La mitología asiática a través de los portales americanos aportaron violentos diábolos supracelulares y ojos prominentes como en la serpiente emplumada y en el culebrón.

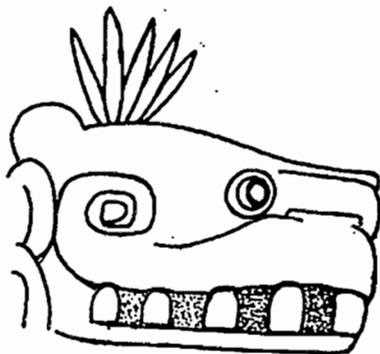


Basilisco según una representación del Bestiarium, el animal conserva mucho de los rasgos de gallo, aunque la cola es de serpiente.



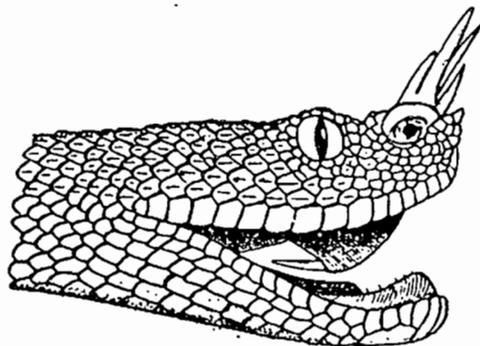
Representación de la bestia de San Jorge, con un dragón. Se conserva la morfología del basilisco, pero sin patas y aparece una cabeza felina.

Hydrus, animal del Bestiarium del siglo XII y que calza claramente con el acoatl de Sahagun. En mucho también con el culebrón de Chile. Todos estos hechos tienden a unificar la superstición en una fuente común.

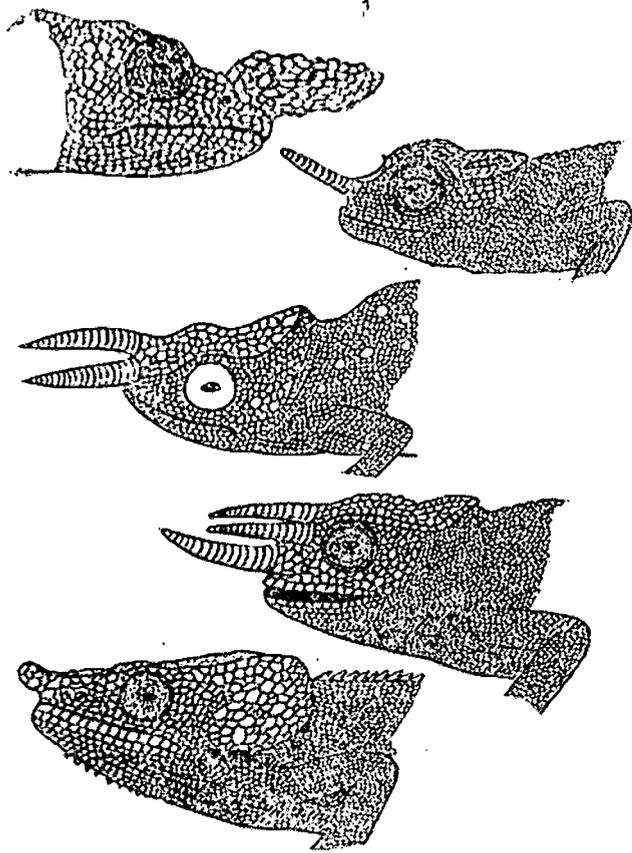


Cabeza de Quetzalcoatl, que recuerda a una culebra estilizada casi gatunamente con aditamentos cefálicos.

Culebrón, según se le concibe en Chile. Una culebra corta con cabeza gatuna y una fila de pelos dorsales.



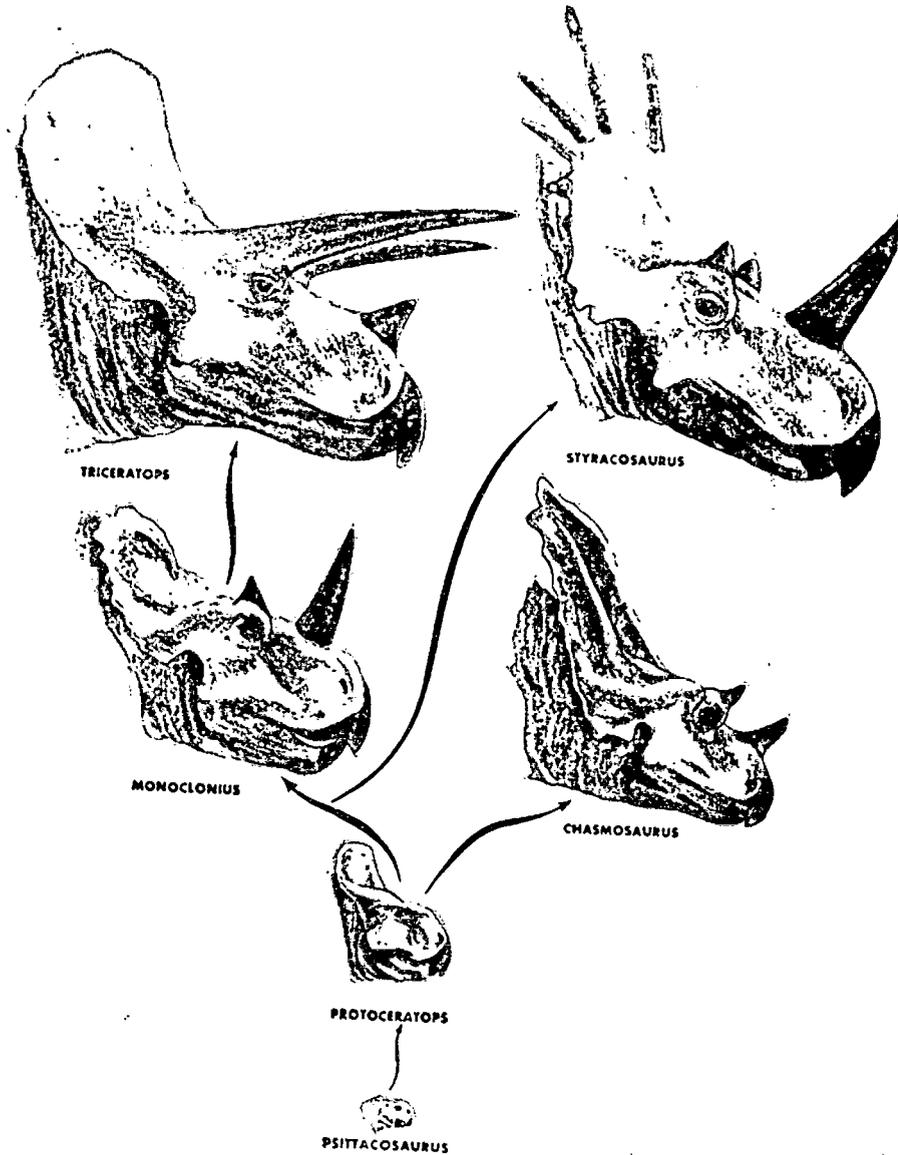
Cabeza de *Bitis nasicornis*, víbora del oeste africano y que recuerda las ornamentaciones mitológicas, explicando fácilmente los orígenes de varias leyendas herpetológico mágicas.



Ornamentación supracefálica de los camaleones. Es concebible que el hombre primitivo exagerando construcciones orgánicas en los reptiles haya elaborado su mitología herpetológica (según Angel).



Posiblemente el único reptil que semejaba un verdadero basilisco fue el *Corythosaurus*, con cresta cefálica en borde de corona, sus maxilas en pico de pato y su larga cola. Desgraciadamente no tuvo testigos humanos ya que desapareció más de 100 millones de años antes que el hombre (según Hotton).



La evolución de los dinosaurios astados es algo más sofisticado que las creaciones imaginativas sobre los dragones. Pero ningún hombre pudo ser testigo de sus correrías sobre el secundario (según Colbert).



Sobre la huella del dragón. Cachorro de *Homo sapiens* remojándose en los 80 ó 90 litros que retiene una ignita de un dinosaurio (ignita es la huella endurecida).

no se conoce ninguna serpiente moderna con una cresta dorsal prominente. La única familia de lagartos sudamericanos que podría desarrollar una cresta de esta naturaleza son los iguánidos, y de esta las verdaderas iguanas distribuidas en géneros como *Ctenosaura*, *Iguana*, *Cyclura*, *Amblyrhinchus* y *Conolophus*. Existe un sexto género como *Brachylophus*, restringido a las Islas de la Amistad y Fidji. Ninguno de estos géneros alcanza zonas como las de Chile. Ellos poseen extremidades bien desarrolladas y no se conocen formas con extremidades rudimentarias o ápodas; con ello pueden descartarse de inmediato los iguánidos. Existen algunos lagartos ápodos o semiápodos de familias sudamericanas como Teiidae, tales como los géneros *Bachia* y *Ophiognomon*, pero estos constituyen microteiidos muy distantes de las características morfológicas asignadas. Los *Anguidae* están ausentes en su distribución en la vertiente pacífica de los Andes al sur del Ecuador, y en cuanto a los *Scincidae* que tienen algunas formas ápodas distribuidas por Australia, en América no conocemos formas ápodas y el género *Mabuya*, propio de Sudamérica, es muy distinto de los atributos asignados a este mítico animal. Nos queda sólo la probabilidad que no se trate de un reptil, pero el único animal peludo y que se desplaza en una falsa apariencia serpentiforme por sus patas extremadamente cortas es el hurón (*Galictis cuja* Molina), quien caminando a corta altura del suelo, con movimientos ondulantes, con su cabeza de mustélido que aparenta ser la de un gato, su pelo rubio dorsal y su cinta oscura lateral no es, ni más ni menos que "una corta serpiente peluda, de un metro, con una cresta de pelo rubio y una cabeza de gato" más el aditamento de las viejas historias españolas aparece el culebrón deambulando por la imaginación popular, con todos los poderes imaginarios de las fantasías. Nuestra tesis la consideró un relato arrancado de las páginas de la Historia de los Animales de Plinio, adobada en el Bestiarium medieval más una buena dosis de tradición indígena americana,

como Quetzalcóatl o serpiente emplumada, comúnmente sostenida por la realidad mal observada del hurón o quique, que incluso en algunas regiones es llamado culebrón. La circunstancia fortuita que pudiera descubrirse en el territorio de Chile una culebra que recuerde algo a tal descripción, como podría ocurrir con algún *Bothrops* o un *Boideo* no es imposible, pero altamente improbable. Pero mientras se especule sin observación real de un individuo, estamos en nuestro derecho de no creer en su existencia. A lo menos ésta es la única posición que el hombre de ciencia podría asumir ante antecedentes que son meramente legendarios.

En torno a *Los adioses* de Juan C. Onetti

por

Hugo J. Verani

¡Qué odioso es pensar que todo ha
de marchitarse, arrugarse y perecer!

María Bashkirtseff.

Dentro de la extensa y compleja obra de Juan C. Onetti, su novela *Los adioses*, publicada en 1954¹, se caracteriza por su unidad temática. Una constante de las novelas de Onetti es la estructuración del mundo narrativo de sus ficciones en torno a héroes problemáticos, que se enfrentan a un mundo desolado y determinista, ante el cual nada pueden hacer. En medio del abatimiento físico-moral, estos héroes, en su mayoría hombres maduros, intentan mitigar su angustia existencial, pero todos sus esfuerzos quedan irremediablemente frustrados: la fatalidad parece dirigir todas las acciones de los protagonistas de sus novelas. De estas novelas surgen una visión del mundo y de la vida en la que los valores del presente se conciben como falsos y despreciables, una obstinada destrucción de toda ilusión, y una falta de fe en la relación del hombre con el universo que lo rodea, que el mismo

¹Juan C. Onetti, *Los adioses*, Buenos Aires, Sur, 1954. 88 páginas. Todas las citas son de la segunda edición, Montevideo, Arca, 1966, 83 páginas. En 1967 Arca publicó una tercera edición.